

# Mujer, virginidad, matrimonio

por Enrique E. Fabbri S.I. (Buenos Aires)

"Lo que hemos de ser en la otra vida, eso han empezado a ser ustedes; gozan en este siglo de la gloria de la resurrección; pasen por este mundo sin contaminarse con él..." (S. Cipriano, *Sobre la conducta de las vírgenes*, C. 227, P.L. 4, 462)<sup>1</sup>

La trascendencia siempre connota el deseo de una realización plena del ser humano que busca cómo vencer el hecho inevitable de la muerte del hombre al terminar su historia mundanal. El ser humano, por más que lo quiera disimular, siempre se siente acosado por una inquietante y desgarrante interrogación: ¿Qué me pasa después de mi muerte? ¿Todo termina en la tumba o en el horno crematorio y lo que yo he sido, ya deja de ser para siempre?

Es la característica fundamental de una verdadera felicidad el anhelo de ser amado y amar para siempre. Se quiere amar de un modo ilimitado y no se ve cómo es lograble en esta vida porque la muerte se presenta como acabando con todo. Todas las grandes culturas han tratado de dar una respuesta a este dilema. No se trata ahora de examinar todos esos planteos que coinciden, por lo general, en atisbar una perduración más allá del tiempo como aquí se vive. Más bien interesa ahora reflexionar sobre la respuesta de la fe cristiana que afirma la trascendencia de la persona humana. Para ella el hombre que es fiel al

<sup>1</sup> Mucho de lo que aquí se dice sobre la mujer que se consagra a Dios en su virginidad, vale también para el varón. Pero siempre queda en claro que la misión de la mujer es iluminar la misión del varón (cf. 1Tim.2,15). Por algo será que cuando el Hijo del Padre por obra del Espíritu se hace hombre, se encarna en el seno de una mujer, María, virgen, esposa y madre para bien de toda la humanidad (Gal.4,4). Para comprender el sentido de lo masculino y lo femenino en este ensayo ver E. Fabbri *Alegría y trabajo de hacerse hombre*, ed. Guadalupe, Buenos Aires., 1992, pp. 89-104.

Dios de la fe es llevado a un estado "superior" representado por la resurrección. Este don de la fe no es volver a vivir de nuevo, sino vivir de un modo trascendente, es decir, integral y originalmente nuevo: "lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman" (ICor.2,9; ver Is.52,15;64,3).

La Iglesia ve el símbolo de esta realidad en el celibato consagrado cuyo signo más visible es la mujer que opta por la virginidad. Toca por lo tanto penetrar en el sentido profundo de esta virginidad y ver su relación con la trascendencia y la resurrección.

### Sentido de la virginidad

La causa y motivo de la virginidad cristiana es el gran amor a Cristo; y el signo distintivo de este amor es producir frutos de bondad. Un estado virginal, que externamente no se manifiesta mediante la caridad -en la inmensa gama que incluye su práctica- es un estado virginal falseado, porque no refleja la causa última que movió a un varón o a una mujer a entregar su cuerpo sexuado definitivamente en el amor a Cristo N.S. y a su reino.

Es tan grande la excelencia de la virginidad que la Iglesia la tiene siempre como una de sus características más preciadas. Quien es llamado a ese estado demuestra con su propio cuerpo la misión trascendente de la Iglesia que va más allá de la historia. Sólo se renuncia a perdurar en la especie a través de sus hijos, si se reconoce una perduración superior que se realiza yendo más allá de los límites históricos en los que uno se mueve. La Iglesia siempre ha enaltecido el estado de virginidad porque es uno de los modos de hacer presente el reino de Dios en la tierra.

El estado de virginidad, como la vida casta en cualquier estado, supone una gracia de Dios. Sin el auxilio divino ni los casados cristianos ni los cristianos entregados a Dios por el voto de virginidad, pueden ser castos. La gracia que viene de Cristo, es absolutamente necesaria para mantener el cuerpo como templo del Espíritu Santo, como miembro del Señor (ICor.6,19-20).

El estado de virginidad vale no sólo por lo que es en sí y por las exigencias que incluye, sino por lo que significa. ¿Por qué Dios invita a varones y mujeres en este mundo a que renuncien libre y conscientemente al amor sexual conyugal? Hay que buscar la respuesta en el simbolismo de este estado dentro de la Iglesia peregrinante. El antiguo rito litúrgico de la consagración de las vírgenes a Dios, puede orientar en esta búsqueda. Se lee en el Prefacio: "Sin disminuir en nada el honor debido al matrimonio y permaneciendo sobre el santo connubio la

bendición nupcial, hiciste existiesen almas más elevadas, que desechasen en el matrimonio la unión del varón y la mujer, deseando el misterio, no imitando lo que en las bodas se hace, sino amando lo que en las bodas se pre-significa".

Se alaba a Dios por la existencia del estado virginal, porque quiso llamar a varones y mujeres que, dejando a un lado la unión corporal propia del matrimonio, quieran vivir el misterio del matrimonio, pero no imitando lo que se hace en las bodas, sino amando lo que en ella se pre-significa. *El matrimonio es un símbolo sacramental, pero no es todavía la definitiva realidad.* El simboliza en esta tierra la unión definitiva y perdurable de Dios con la humanidad y de Cristo, el hijo hecho hombre, con la Iglesia (Efes.5,32). Esta unión trascendente se manifestará en todo su esplendor al final de los tiempos en las bodas del Cordero (Apoc.19,6-8). Pero ya hay en esta tierra, respondiendo libremente al llamado de Dios, varones y mujeres que viven ya en la fe, la esperanza y el amor, esa realidad significada por el matrimonio cristiano.

"Ha reconocido a su Autor la feliz virginidad, y, émula de la virginidad angelical, se ha consagrado al tálamo y a la recámara de Aquel que de tal modo es el esposo de perpetua virginidad como es el hijo de ella".

El texto litúrgico utiliza una terminología de tipo matrimonial y afirma que la renuncia consciente y libre al matrimonio humano importa un matrimonio místico con el mismo Verbo hecho carne, esposo y al mismo tiempo hijo del corazón virgen. Es la fecundación en la caridad: Cristo esposo para ser hijo.

Como de la Virgen María nace un hijo y Ella es verdadera madre sin dejar de ser virgen, así del que vive en el estado virginal brota el hijo espiritual -que lo hace padre o madre sin quitarle su característica de virgen. Este es el núcleo íntimo del misterio del estado virginal.

"Implorando pues tu auxilio, Señor, y anhelando ser confirmadas por la consagración de tu bendición, dales el refuerzo de tu protección".

Con esta frase parecen resonar nuevamente las palabras que se oyeron en la casita de Nazareth en la encarnación. El texto invoca la presencia del Espíritu de Cristo para que esta boda sea como fue esa unión misteriosa de la Virgen con el Espíritu en el misterio de la anunciación: pide que el Señor consagre con su presencia esa entrega y la cubra con su sombra para que brote el fruto que se espera. Y así concluye el Prefacio:

"Pon en ellas Señor, por el don de tu Espíritu, prudente modestia, sabia benignidad, grave bondad, casta libertad. Hiervan en caridad, y nada amen fuera de Ti. Vivan laudablemente, y no deseen

alabanzas. Glorifíquense en la santidad de cuerpo y en la pureza de alma. Te teman con amor, con amor te sirvan".

Gertrud von le Fort en su libro *La mujer eterna* desarrolla poéticamente el contenido de este misterio encerrado en la Iglesia<sup>2</sup>. Considera a la mujer en tres planos: la mujer más allá del tiempo o la mujer eterna que siempre perdura, la mujer en el tiempo y la mujer fuera del tiempo. Cada uno de esos aspectos que constituyen a la mujer es simbolizado por uno de los estados en que la mujer vive en el mundo. La mujer eterna, la mujer que domina el tiempo, que lo mira como desde una cúspide es la virgen, la que está en estado virginal; la mujer en el tiempo es la esposa, la compañera del hombre; la mujer fuera del tiempo es la madre. Para ella la virgen simboliza por encima de todo que el ser humano en su realidad más profunda y trascendente sólo puede ser fecundado por Dios y dar así frutos de vida eterna en sí mismo y en los demás. Y como el símbolo incluye un elemento visible, sólo la mujer virgen puede significar este misterio, porque sólo ella lleva en su cuerpo una sexualidad capaz de ser fecundada y alimentar a su prole con su leche maternal. Renuncia a ser madre en la tierra, como respuesta al llamado divino, para explicar a todos que se puede ser esposa y madre de una manera superior, es decir que no se encierra en las coordenadas de esta historia.

### Virginidad absoluta

Cuando la Iglesia definió el dogma de la virginidad perpetua de la Virgen María, quiso hacer ver a todos los hombres el valor propio de la virginidad. Por la virginidad se pone en un mismo plano a la soltera y a la madre corporal en cuanto que María revela por un lado a la célibe la maternidad espiritual cuyo símbolo es la misma maternidad corporal, y por el otro a la madre corporal que sólo se merece el nombre de tal, cuando se cultiva un corazón virginal.

Cuando el gran arte ha ensalzado por la poesía, la escultura o la pintura a la mujer virgen, no la ha presentado como algo que pasa, sino como un misterio en sí. El verdadero arte ve, aún antes de aparecer la revelación cristiana, que en la mujer virgen hay un misterio, el de entregar su cuerpo íntegro a una realidad superior que la plenifica como tal.

La mujer virgen representada por el arte no llama la atención del que sabe contemplar, porque se la presenta como una mujer físicamente

<sup>2</sup> Ver la ed. francesa: *La femme éternelle*, Du Cerf, Paris, 1950, pp. 27-97.

hermosa o porque refleja a través de sus formas una serie de armonías interiores, sino por el carácter íntimo que evoca. No es simplemente la presencia física de la mujer virgen, ni la resonancia psíquica que se trasluce a través de esas formas físicas lo que más llama la atención en el contemplador, sino el significado profundo de toda esa realidad. Esa misma belleza y armonía psíquica es el efecto de una realidad superior, envuelta en el misterio y que Gertrud von le Fort llama la *virginidad absoluta*, uno de los valores fundamentales del ser femenino.

Con todo, en la época actual dos tipos de dificultades se oponen para comprender esa virginidad absoluta. La primera: ya no es Dios sino el hombre el que ocupa el centro del pensamiento. En esta civilización Dios es dejado de lado. La Iglesia se esfuerza a través de una serie de medios para mantenerlo en el centro del interés humano, pero el hombre de este fin de siglo pone como centro de su elucubración al mismo ser humano y, así, no le interesa preguntarse sobre el significado de la virginidad. La segunda: el hombre ya no es considerado como un individuo que vale en sí por su persona, sino como un anillo más en la cadena de las generaciones. El hombre aparece como un ser despersonalizado, casi sin valor, como uno de los tantos engranajes y eslabones que hacen andar a las generaciones. Es el hombre-masa, que al mismo tiempo se lo halaga y seduce y se lo manipula.

Ahora bien, la virgen en lugar de engarzarse en esa cadena, la quiebra. No es un eslabón de esa continuidad de hombres que se van sucediendo y construyendo una realidad temporal. Ella quiebra esa realidad, la rompe, porque no busca perdurar en ella. No pone su gran interés en un proceso meramente temporal. Encuentra en Dios el centro y como flecha se proyecta en El y se fecunda allí. No busca esa progresión indefinida con la que se puede caracterizar el progreso humano, para el cual una época supera siempre a la otra. La mujer virgen se desconecta de esa realidad y se sitúa en el instante único y aparentemente limitado de su vida personal. Toma en sus manos su vida y se la entrega plenamente a Dios, desconectándose de toda esa realidad que se sucede en cadena. De este modo, asume el misterio del presente y muestra la fecundidad superior del espíritu. Su presencia exige un acto de fe en el valor imponderable, que no se puede pagar con nada, de lo que es un ser humano delante de Dios. La mujer virgen hace resaltar el fin eterno y personal de valor intransferible que tiene todo ser humano frente a sí mismo, frente al otro y frente al mismo Dios.

La virgen subraya el valor trascendente de la persona en su relación inmediata solo con Dios. Tal es el significado de la virginidad libremente asumida: al entregar todo su ser a Dios la virgen hace ver que el valor más íntimo de la persona humana está en su relación con

Dios y cuanto más vivida sea esa relación, más esa persona se plenifica. Es la receptividad activa llevada a toda su plenitud. Es la prueba más convincente de que la persona vale sobre todo por la relación que ella mantiene con Dios. Y lo demuestra de una manera concreta encarnándola en la entrega de su cuerpo, de toda su realidad femenina, a Dios. En esa unión logra una fecundidad superior, es decir, trascendente. Todo su ser concreto, su cuerpo, que puede ser fecundado y dar lugar a hijos carnales para la perduración de la historia, su realidad psicológica, que puede generar un hogar de ternura, de estímulo, de esfuerzos para consuelo del compañero de su vida y para sus hijos, todo esto lo entrega a Dios, para significar que todo lo anterior vale en cuanto está vivido en Dios. Ella lo vive *únicamente* en Dios para enseñar a los otros, que se sienten llamados a esa misión temporal, cómo han de vivirla para que no quede desconectada de Dios. La persona vale no tanto por lo que es en sí, sino por la calidad de su relación con Dios. La mujer virgen significa y recuerda esto por el sentido que da a sus renunciaciones. Es una entrega que la virgen realiza de todo su ser y de todas las satisfacciones que ella pudiera encontrar en el plano biológico-psíquico-espiritual de ser esposa y madre en esta tierra, junto a un varón que la plenificase totalmente. Es entregar a Dios toda esa realidad porque se siente llamada a significar que la persona vale en la medida en que siga en todo la invitación amorosa de Dios. Se desprende de lo propio de este tiempo para alentar a los que viven en el mismo a que no pierdan de vista la eternidad.

Por algo la liturgia propia de las vírgenes es vecina a la de los mártires. En el Misal Romano hay una gran semejanza entre las misas que se dicen en recuerdo de las santas vírgenes y las que se dicen en honor de los santos mártires. Porque el mártir también proclama el valor absoluto del espíritu por la entrega voluntaria de su existencia terrenal. El mártir se somete en su cuerpo a la muerte porque su vida verdadera está en su relación con Dios y por amor a El en el servicio de los otros, aunque ser fiel a esto le cueste perder su vida en esta tierra.

La virginidad hace comprender la historia de los hombres con un sesgo completamente nuevo y original. Ella descubre en el tiempo lo que perdura en la eternidad. Esta mujer eterna enseña el sentido profundo de los valores temporales del matrimonio. Este estado no representa ese valor de la persona humana considerada en sí misma por su relación íntima con Dios. Por eso, en su realidad de aquí cesa al pasar al más allá. En cambio, la virginidad no pasa, porque esa relación exclusiva con Dios no se rompe en el cielo, sino que allí se plenifica. En efecto, en el más allá de la trascendencia celestial todos lo que mueren en amistad con Dios se hacen vírgenes, porque allí, como dice Nuestro

Señor Jesucristo, ni se casan ni toman mujeres (Mt.22,23-33; Mc.12,18-27; Lc.20,27-40).

### Virginidad, anticipación del cielo

Juan Pablo II sintetiza toda una perenne tradición de la Iglesia: "En la Iglesia primitiva la espera de la venida del Señor se vivía de un modo particularmente intenso. A pesar del paso de los siglos la Iglesia no ha dejado de cultivar esta actitud de esperanza: ha seguido invitando a los fieles a dirigir la mirada hacia la salvación que va a manifestarse «porque la apariencia de este mundo pasa»" (ICor.7,31; cf. IPed.1,3-6). En este horizonte es donde mejor se comprende el papel de signo escatológico propio de la vida consagrada. En efecto, es constante la doctrina que la presenta como anticipación del Reino futuro. El Concilio Vaticano II vuelve a proponer esta enseñanza cuando afirma que la consagración «anuncia ya la resurrección futura y la gloria del reino de los cielos» (L.G. 44). Esto lo realiza sobre todo la opción por la virginidad, entendida siempre por la tradición como una anticipación del mundo definitivo, que ya desde ahora actúa y transforma al hombre en su totalidad"<sup>3</sup>. El corazón de este compromiso no es vivir célibe como algo mejor que el matrimonio, sino como símbolo de la originalidad y plenitud de la vida definitiva del hombre fiel a Dios, más allá de su vida en esta tierra. Es dar a conocer en el mundo de los hombres, por el tenor de vida libremente elegido, las estructuras originales de ese reino de los cielos, al que todos están invitados y en el que ya se puede vivir aquí en el clarooscuro de la fe. La virginidad, en síntesis, no es en su sentido más profundo y esencial sentirse llamado al celibato porque la vida sexual propia del matrimonio se experimenta como algo inferior. Es, respondiendo al llamado del Señor, mostrar a los cristianos en el misterio de la fe la forma nueva y sorprendente que tomará la vida sexual de todos cuando vivan su vida definitiva en el reino de los cielos. El amor al Señor que lleva a esta opción se alimenta en una triple motivación:

1º) Poder entregarse más fácilmente a las cosas divinas. En otras palabras poder dedicarse con más plenitud, con menos obstáculos e impedimentos al trato con Dios, a la conversación con El. Remover, por lo tanto, todas aquellas vallas que puedan impedir ya en la tierra lo que será realizado de una manera plena en el cielo: la visión amorosa de Dios. Esta actitud íntima, profunda, totalizante con Dios, es el primer aspecto de esta libre opción. El reino de los cielos, por lo tanto, supone,

<sup>3</sup> Sobre la vida consagrada (25.3.1996), n. 26.

en primer lugar, un trato íntimo, profundo, amigable, con Dios, como El se da a conocer por medio de su Palabra. Hay un desprenderse de todo lo terreno: posesiones, descendencia, poder (Mt.19,29; Mc.10,29-30; Lc.18,28-30) para testimoniar a los que viven en estas coordenadas, cómo el Señor espera que no se apeguen a ellas como valores absolutos que, si son así vividos, amenazan la obtención de ese reino.

2º) Contar con más recursos para dar testimonio de cómo vivir el espíritu de las bienaventuranzas. (Mt.5,1-12; Lc.6,20-23). No se puede olvidar que el Evangelio es para todos. Esta opción tan decidida sirve de estímulo para que todos tiendan y logren con mayor tranquilidad el fin eterno que es la glorificación de Dios en el amor celestial. Es una exhortación a que todos quieran participar de ese espíritu por la simple presencia de ese testimonio.

3º) Contar con más tiempo para dedicarse a la obra de orientar a los demás hacia ese planteo<sup>4</sup>.

En esta opción mantenida en la promesa se descubre un verdadero dinamismo espiritual. La cristiana consagrada se determina a establecer el reino de Dios en sí misma y en los demás mediante la intensificación de su amor directo a Dios en Cristo. Tal actitud desea establecer el reino del cielo en este mundo; por eso la teología la considera como una anticipación ya en la tierra del estado final de todos en el cielo. Aquí es el símbolo del último estadio de la vida cristiana; detrás de ella ya no hay otra realidad. Allí se encuentra para siempre toda la humanidad rescatada por Cristo. La virginidad, por lo tanto, anticipa en la tierra, en el misterio de la fe, lo que será el cielo para todos<sup>5</sup>.

Por lo tanto, establecer el reino de los cielos o traer a la tierra el cielo en la medida de lo posible son concepciones sinónimas. Y es

<sup>4</sup> Dice J. Guitton en su libro *Ensayos sobre el amor humano*: "Lo que constituye la esencia de la actitud de la virginidad es ser un estado de obediencia (...). El hecho de no conocer al hombre no es lo que hace la virgen, sino la firme intención de no querer conocerlo, con el fin de poder ofrecerse enteramente a la vida espiritual, a la humanidad sufriente, a la adoración del Ser infinito" (Sudamericana, Buenos Aires, 1968, p. 129).

<sup>5</sup> Dice el mismo J. Guitton: "El que está en ese estado se sustrae a la historia para entrar a un estado más próximo a la eternidad que al tiempo, puesto que ni la imaginación más realista puede admitir que el amor sexual y la generación subsistan en la eternidad. Los autores cristianos han recordado a menudo a las vírgenes que comenzaban en el tiempo la vida eterna, mientras que las madres continuaban la vida carnal" (Ibid, p. 130).

esto lo que el Señor da a entender en el diálogo con sus discípulos (Mt.19,1-12). Hay que ubicarse en el contexto. Jesús acaba de restablecer el matrimonio en toda la fuerza de su significado. Los apóstoles quedan tan impresionados de su grandeza con sus exigencias de indisolubilidad y monogamia que reaccionan un poco a lo hombre, en una forma algo despechada y le dicen: "*entonces es mejor no casarse*". Jesucristo presenta de una manera tan difícil, tan ardua, el matrimonio para esa mentalidad, que la conclusión que nace en los apóstoles, todavía no instruidos plenamente en los misterios del Señor, es: "*entonces mejor quedarse soltero*". El Señor aprovecha la ocasión para hacerles ver que ése no es motivo para quedarse solteros y les explica cuál es la razón que fundamenta todo el estado de virginidad: "Los discípulos le dijeron: «Si ésta es la situación del hombre con respecto a su mujer, no conviene casarse». Y él les respondió: "No todos entienden este lenguaje, sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido. En efecto, algunos no se casan, porque nacieron impotentes del seno de su madre; otros, porque fueron castrados por los hombres; y hay otros que decidieron no casarse a causa del Reino de los Cielos. ¡El que pueda entender, que entienda!" (Mt.19,10-12).

El Señor les dice: hay hombres que se abstienen porque son impotentes, porque nacieron defectuosos desde el primer instante. Hay otros que se abstienen porque han sido castrados por la maldad ajena y no pueden, por lo tanto, engendrar. Pero hay otros que se abstienen porque voluntaria y libremente han escogido no tener perduración carnal por amor al reino de los cielos. Estos tales, manteniendo su potencia generativa, renuncian libremente a su uso por amor al reino de los cielos. Jesús descubre a los apóstoles cuál es la única razón valedera para mantenerse célibes: tener más libertad para buscar las cosas de Dios y establecer su reino. Y agrega: "quien pueda entender que entienda", es decir, no es algo que se puede comprender por el simple ejercicio de la razón. Se requiere una gracia de Dios, una iluminación especial para entender esta opción por la virginidad.

La expresión que utiliza el Señor, "el reino de los cielos" es una expresión muy manejada y conocida por los judíos contemporáneos de Jesús. Aparece con mucha frecuencia, sobre todo en los últimos libros del Antiguo Testamento, y siempre evoca la idea que se ha llegado a la etapa final de la historia de la salvación. En el Nuevo Testamento aparece como ya incoado sobre todo desde la muerte y resurrección del Señor. Todavía, con todo, no ha llegado a su plenitud; está como creciendo de una manera misteriosa hasta llegar a su establecimiento definitivo, el día que Cristo vuelva a la tierra para hacer de ella ya plenamente un cielo, en su adviento glorioso al final de los tiempos.

Ahora bien, si es un reino tiene que tener súbditos: un reino supone habitantes que se esfuerzan por vivir de acuerdo a las pautas y características de ese reino. Si ya está comenzado en la tierra, han de verse también sus ciudadanos y descubrirse los rasgos propios del mismo vividos plenamente, por lo menos por algunos de sus miembros. El Señor a lo largo de su predicación va proponiendo las características de su reino, una de las cuales es la que aparece en la disputa que tuvo con los saduceos hablando de la resurrección de la carne. Es un texto tan importante que ha sido conservado por los tres evangelistas sinópticos (Lc.20,27-40; Mt.22,23-30; Mc.12,18-27). Jesús discute con los saduceos que no creían en la resurrección de la carne. Quieren confundirlo y le proponen una dificultad que a primera vista parecía realmente insoluble: "Se le acercaron algunos saduceos, que niegan la resurrección, y le dijeron: «Maestro, Moisés nos ha ordenado: -Si alguien está casado y muere sin tener hijos, que su hermano, para darle descendencia, se case con la viuda-. Ahora bien, había siete hermanos. El primero se casó y murió sin tener hijos. El segundo se casó con la viuda, y luego el tercero. Y así murieron los siete sin dejar descendencia. Finalmente, también murió la mujer. Cuando resuciten los muertos, ¿de quién será esposa, ya que los siete la tuvieron por mujer?».

Jesús les respondió: «En este mundo los hombres y las mujeres se casan, pero los que sean juzgados dignos de participar del mundo futuro y de la resurrección, no se casarán. Ya no pueden morir, porque son semejantes a los ángeles y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. Que los muertos van a resucitar, Moisés lo ha dado a entender en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Porque él no es un Dios de muertos, sino de vivientes; todos, en efecto, viven para él».

Tomando la palabra, algunos escribas le dijeron: «Maestro, has hablado bien. Y ya no se atrevían a preguntarle nada» (Lc.20,27-30).

El "mundo futuro" es el reino de los cielos y en él una de sus características es que allí "no se casarán".

### **Virginidad: forma especial y trascendental de amar**

En otros términos, no se darán esas relaciones que actualmente forman parte del matrimonio, la entrega corporal de un varón y una mujer como manifestación de la unidad de su amor y procreación de nuevos miembros de la humanidad y de la Iglesia. Eso ya no se dará porque "ya no pueden morir, porque son semejantes a los ángeles y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección". Allí, ya resucitados, tienen una existencia especial, en donde al "completarse el número de los

elegidos", ya no habrá descendencia y la vida sexual se vivirá en forma completamente distinta<sup>6</sup>.

Ahora bien, si es ésta una de las características del reino de los cielos, y si éste ya ha comenzado en esta misma tierra, se han de dar miembros del mismo que hagan presente esta característica en el mundo, como signo anticipado de lo que será para todos al fin de los tiempos. Por eso el Espíritu de Cristo va a suscitar siempre en la Iglesia varones y mujeres que mantengan presente, de una manera visible, esta característica del reino de los cielos en la tierra, que recibe el nombre teológico de virginidad. Y aquí la mujer es el símbolo principal porque es la única que puede gestar en su seno por amor un nuevo ser humano y por amor a Dios y para ser signo de una fecundidad "superior" renuncia a engendrar hijos propios como fruto de una entrega casta y amorosa a un varón, su cónyuge en el Señor.

La superioridad del estado virginal sobre el matrimonial, por lo tanto, no es por el simbolismo de estos estados; pues la mayor o menor santidad de un cristiano no nace de estar en un estado u otro, sino en razón de la generosidad con que vive su caridad. Por eso la "superioridad" de la virginidad está en que esa actitud de vida simboliza en el claroscuro de la fe el modo misterioso como todos los miembros de la iglesia celestial vivirán su realidad sexual en el más allá de esta historia. La "superioridad" no le viene, por lo tanto, por ser *mejor* que el matrimonio cristiano, sino porque su simbolismo señala el estado futuro de todos al final de los tiempos en el cielo. La virginidad es el símbolo del fin, el matrimonio es el símbolo del modo como Dios mostrará su amor divino en la plenitud de la relación con El.

Vivir en la abstinencia total por amor al reino de los cielos es, así, simbolizar que se vive a la espera de ese otro mundo en el cual se realiza plenamente la filiación divina. San Pablo, por otra parte, se hace eco de esta predicación del Señor al dar como razón de la práctica de la virginidad las dificultades del tiempo presente (ICor.7,29-31). Da a entender como si la virginidad liberase al hombre de los obstáculos de esta vida que entorpecen esa actitud de espera amorosa de la venida del Señor. Hay que tener en cuenta que quizás San Pablo pensaba en ese momento, como parecía pensar gran parte de la comunidad primitiva, en una venida inminente del Señor, que sólo más tarde corrigieron. Por eso San Pablo exhorta a la virginidad porque facilita una actitud más plena de espera del Señor y porque parecería no ver totalmente el valor del matrimonio en el plan de Dios. Libera, a primera vista, del tener que

<sup>6</sup> Ver ICor.2,9.

preocuparse de las cosas de este siglo, porque, como él mismo dice, la vida terrestre entorpece esa vida, porque divide al hombre. El hombre casado está dividido entre lo que tiene que entregar a Dios y lo que tiene que dar a su mujer; en cambio, el hombre que ha renunciado al matrimonio puede orientarse plenamente con todo su ser hacia Dios. Y la razón que da de preferir la virginidad es porque ella no divide al hombre, y por eso llega hasta aconsejar a los esposos la práctica de la continencia periódica para poder dedicarse más plenamente a la oración (ICor.7,5), como si esto fuera una manera más atenta de ponerse a la espera de Cristo que está por venir.

Se nota cierta diferencia si se compara la afirmación de Cristo, como aparece en los textos del evangelio y estas afirmaciones de San Pablo. Aparecen ambos aspectos de la virginidad cristiana. La afirmación del Señor la presenta como un signo que tiene un valor definitivo porque es el símbolo de lo que será el cielo para todos; y esto explica la trascendencia de este estado sobre cualquier otro en la tierra. En cambio San Pablo en este capítulo muestra su valor de presente: no es el único medio para servir a Dios en la tierra, ni para hacer bien al prójimo en ella, sino es el *medio privilegiado* de servir a Dios en este mundo. Pablo no niega el valor cristiano que tiene el matrimonio y las actividades terrenales, pero afirma que el estado virginal es el medio más apropiado para poder servir a Dios y al prójimo en esta realidad temporal. Por eso habla con un tono lleno de moderación: "Acercas de la virginidad, no tengo ningún precepto del Señor. Pero hago una advertencia, como quien, por misericordia del Señor, es digno de confianza" (ICor.7,25).

El apóstol quiere dejar en claro que la virginidad es un consejo, no un mandato del Señor. Ese mismo tono moderado lo conserva cuando exhorta a la continencia periódica a los casados para entregarse a la oración, pues agrega enseguida: "No se nieguen el uno al otro, a no ser de común acuerdo y por cierto tiempo, a fin de poder dedicarse con más intensidad a la oración" (idem, 5).

El motivo de esta continencia es de orden sobrenatural, para poder dedicar cierto tiempo a un servicio más directo a Dios; "y después vuelvan a vivir como antes", es decir, a la entrega corporal "para que Satanás no se aproveche de su incontinencia y los tienta". Es decir, para que no caigan en un pecado contra la castidad matrimonial presumiendo demasiado de ustedes mismos. Es así un valor relativo en cuanto se presenta como un medio mejor para servir a Dios en la tierra. Esto trae consigo sentirse llamado por Dios a esa vida, lo que es determinado por la vocación y todos los requisitos que ella supone. Por eso Pablo concluye: "Les he dicho estas cosas para el bien de ustedes, no para ponerles un obstáculo, sino para que ustedes hagan lo que es más

conveniente y se entreguen totalmente al Señor" (idem, 35). El estado virginal pondría a las personas que viven en él en un modo de vida que Pablo desea para todos los cristianos, como declara en la carta que escribe a sus fieles recomendando a su compañero Timoteo: "Porque no encuentro a otro, que tome tan a pecho como él los asuntos de ustedes. Todos los demás buscan sus propios intereses y no los de Cristo Jesús" (Filip.2,19-20). Para él parecería que la disponibilidad total incluía una renuncia al matrimonio.

Estos textos muestran que el cristiano es exhortado por la presencia en la historia del estado de virginidad a no considerar esta vida como fin último en sí. Todo cristiano, esté o no esté en tal estado, no puede creer que el fin último de su existencia es plenificarse temporal y terrenalmente: hay algo que va más allá de esta historia. *La apariencia de este mundo*, dice San Pablo, *es pasajera* (idem, 31), pero Dios no pasa. Ahora bien, ¿quién recuerda al cristiano que él está creado para el cielo y no para la tierra? El que ha renunciado a lo más íntimo que tiene la existencia terrestre que es la perduración en la especie mediante la procreación humana como fruto del amor conyugal. Si no hubiese cielo esa renuncia no tendría ningún sentido; pero todo cambia, si este mundo ha sido creado por Dios para establecer en él el reino de los cielos. Entonces esa renuncia a una perduración carnal tiene su sentido y su riqueza. Recuerda a todo cristiano, que puede olvidarse, por las preocupaciones terrenales, de su último fin, cuál es su verdadera patria, el cielo. Y al mismo tiempo le trae a la memoria que su más grande amor es el amor de Dios porque todo amor humano es un símbolo de lo que es el amor de Dios.

Por eso, el signo exterior, público, de que la Iglesia, cuerpo de Cristo, no tiene puesta su finalidad en este mundo y, estando presente en él, alimenta siempre la esperanza de la venida de Cristo por el establecimiento definitivo de su reino, es la abstención visible de los bienes del tiempo presente, comprendido sobre todo el matrimonio. Este es quizás el bien más profundo e íntimo que puede gozar el ser humano con otro en esta tierra. Por eso la virginidad invita a pensar que existe una manera especial y trascendental de amar a Dios y en Él a los otros fecundando de un modo nuevo en ese mismo amor.

En otras palabras, el estado de virginidad pone al cristiano en una situación que le permite una relación más directa con Dios. Sostenido por la gracia divina ya en esta tierra, en la medida de sus fuerzas, se compromete a vivir como si estuviese en el cielo. Entabla así una unión con Dios que es mucho más íntima y profunda que la misma unión que se puede dar en la tierra entre marido y mujer.

### Las "esposas" de Cristo

La Iglesia ha dado desde tiempo inmemorial a las mujeres consagradas a Dios por el voto de castidad el nombre de esposas de Cristo. Propiamente el primero que utilizó ese término fue el escritor africano Tertuliano a principios del siglo III de esta era. Cuando se oye esta palabra se la relaciona inmediatamente con el de una mujer que se ha casado con un varón para constituir un matrimonio. Pero en el imperio romano, en el cual fue utilizada por primera vez en sentido cristiano, tiene una acepción más precisa de la que ahora guarda. Para el romano común, "sponsa" era un título de corte jurídico y de origen religioso, que expresaba el momento en que la mujer, comprometida ya a un varón, se engalanaba, preparaba y disponía, mediante una serie de ritos religiosos, para unirse definitivamente con él y comenzar la vida matrimonial. De ahí que este término significara propiamente esperar en su casa a que el futuro marido, con el cual ya se había hecho un contrato, viniese a buscarla para iniciar la vida en común. Así este término designaba en la mujer algo más que un compromiso y menos que la palabra esposa como ahora se entiende.

Esto ayuda a comprender el sentido profundo que tiene este mismo término cuando la Iglesia lo aplica a la mujer consagrada a Dios. La "sponsa Christi" es la mujer que por un compromiso definitivo, ratificado por un voto, se prepara para unirse definitivamente con su verdadero esposo que es Cristo. Por lo tanto, de acuerdo a esta acepción, esta mujer todavía no ha llegado a la unión definitiva; se está preparando a ella con toda la intensidad de su espíritu. Así como la mujer romana ponía todo su interés en ser hallada plenamente preparada para el esposo, cuando éste llegase a su hogar paterno, de la misma manera quiere la Iglesia que la mujer consagrada a Cristo, de tal modo se prepare y oriente su actividad a la preparación de ese encuentro, que cuando Cristo venga para unirse definitivamente con ella la encuentre totalmente bella, completamente engalanada<sup>7</sup>.

Esto significa, por lo tanto, que la virginidad, sin dejar de ser un estado, es un punto de partida. En efecto, a pesar de anticipar ya el cielo, la mujer consagrada a Dios todavía no se ha unido definitivamente

<sup>7</sup> "La religiosa, como esposa de Cristo, está unida a El de una manera irrevocable, aunque no viva todavía plenamente unida a El. Consagrada a Cristo, vive en la espera de su unión definitiva con Él. La expresión «sponsa Christi» es esencialmente escatológica" (R. d' Izarny, *Mariage et Consécration virginal au IVe, siècle*, Supplément de la Vie Spirituelle, 1953, p. 118).

con su Señor. Está viviendo la preparación de esa unión mediante la fe y no goza aún de la contemplación directa del Señor con el cual se ha esposado. De ahí que se puede hablar de lo que en la literatura espiritual se llama "la tensión del estado de virginidad". El vivir en la fe esa preparación para la unión no quita todas las dificultades que pueda encontrar cualquier mujer en la preparación de esa unión y fecundación espiritual. Por eso, por un lado se puede caer en el error por deficiencia: la mujer se puede preparar de una manera no del todo acertada para la recepción del esposo del espíritu de todo cristiano que es Cristo. Por el otro, va a encontrar necesariamente la cruz, el sacrificio, el esfuerzo interior de renuncia, de abnegación, de desprendimiento, si realmente quiere prepararse bien para recibir al Señor. En otras palabras, la religiosa que se consagra a Dios vive en el claroscuro de la fe su consagración y se mantiene en ese deseo mediante la virtud teologal de la esperanza que la orienta de una manera esforzada y dinámica hacia su esposo, el Señor.

Esto lleva a indicar algunos peligros en los que ella puede incurrir consciente o inconscientemente, si no se prepara como quiere Cristo y la Iglesia para esa unión definitiva. Estos peligros, desviaciones y deformaciones en el vivir el voto de castidad han sido recordados de muchas maneras por muchos escritores y conviene ahora sintetizarlos para que sirvan de estímulo a prepararse cada vez mejor para esa unión con Nuestro Señor<sup>8</sup>.

El amor verdadero tiene por esencia la entrega, que supone siempre un sacrificio, es decir, un salir de sí para buscar el bien de otro. Pero de tal manera se realiza que en este salir de sí, el sujeto, aunque no se dé cuenta, se enriquece personalmente. Por lo tanto, toda virginidad genuina supone un entregar su cuerpo, por una decisión libre de la voluntad, para que el Señor manifieste así las características originales del reino de los cielos. Es ya en la tierra un servicio y una responsabilidad que centra todo en el amor a Dios. Esto se muestra en la consciente decisión que toma la consagrada de interesarse solamente de las cosas del Señor y de su reino. Por lo tanto, todo estado de virginidad que trae consigo un aislamiento exterior o interior con una total prescindencia y

<sup>8</sup> Jean Guitton en su libro *Ensayos sobre el amor humano* indica la importancia que tiene el tener en cuenta estas desviaciones en que uno puede caer... Expone el esfuerzo que supone toda preparación para vivir plenamente entregada al amor de Cristo y nada más: "La virginidad sólo puede concebirse como un don, un servicio, una responsabilidad para con los otros seres y no como un esplendor de aislamiento" (Ibid, p. 138).



hasta negación de las cosas terrenas, no admitiendo que pueden ser transformadas por la gracia de Cristo, no es un estado cristiano de virginidad. Todas las religiosas, estén o no estén en vida contemplativa, deben orientar su actividad espiritual al ejercicio de las obras de misericordia, para bien del cuerpo de Cristo que es la Iglesia, mediante la oración, el estudio, la actividad apostólica. No se entra en la vida religiosa por temor del mundo y de las cargas que supone el matrimonio bien vivido. El estado religioso femenino no es un reducto de mujeres pusilánimes; bien decía Santa Teresa que la mujer que se ofrecía a Dios en el estado religioso tenía que tener todo aquello que pudiese satisfacer a un varón y aún, como aderezo nuevo, la piedad<sup>9</sup>. El esfuerzo que ha de hacer la que es llamada por Dios a este estado -lo que le permite gobernar su imaginación y orientar toda la realidad psíquica de su estructura a esa vida superior- supone un verdadero ejercicio de vigilancia interior. Pues la religiosa, aunque no es del mundo, vive en el mundo, tiene que moverse en él y va a recibir sus impactos, cuyos estímulos no siempre son necesariamente buenos.

Por eso, la que se siente llamada por Dios a esta vida, ha de formarse un ambiente adecuado a la misma. La atmósfera que respire ha de tener un aire que alimente el estado que ha escogido por invitación de Dios. De aquí los recursos y defensas que propone la vida espiritual, para librarse de toda contaminación: el cuidado de los sentidos, el orden en la lectura, la práctica sensata de renunciaciones, el ejercicio de la oración y tantos otros recursos que da la Iglesia a los que han sido llamados por Dios para que se mantengan fieles en ese estado.

La Iglesia invita, tanto al que ha elegido el celibato en el mundo, como al que lo hace en el estado religioso, a un ejercicio serio de abnegación, es decir desprendimiento de sí, de disciplina de su ser psicológico y a una incesante y generosa actividad por la causa de Cristo, mediante la oración y la variedad de tareas y ocupaciones que supone la vida religiosa bien ordenada. El que, habiendo hecho el voto de celibato, se deja llevar por la imaginación, se pone a añorar lo que ha dejado, a vivir de veleidades, ya está resbalando en la pendiente de la claudicación.

Nunca se ha de olvidar que la elección de este estado es para el don de sí y para el mejor bien de los demás. La renuncia al matrimonio

<sup>9</sup> "En estas condiciones la virginidad sólo es posible si el individuo se crea un universo mental y un universo social que reduzcan el trabajo de la imaginación, o más bien, que lo deriven hacia objetos sublimes", J. Guittou, (Ibid. p. 138).

tiene como finalidad una entrega mayor de sí mismo y un hacerse más plenamente a la imagen de Cristo. Por eso, el célibe que descuida las cosas del Señor fácilmente se hace egoísta, es decir, centrado en sí, mezquino, ruín. Todo genuino celibato abre el corazón a la invasión de la caridad. Uno se consagra a Dios en su cuerpo para dejarse desbordar por el amor divino y plenificarse más fácil y totalmente, por la acción de Cristo. Si se cierra aparece enseguida en el corazón el endurecimiento y la sequedad. Es interesante notar que cuando la que se ha consagrado a Dios se descuida en el amor de El mismo, se hace mucho más dura e incapaz de amar todo lo noble y digno del mundo, que los que han sido llamados al estado matrimonial. Su corazón se marchita, ya no sabe vibrar. Si la virginidad femenina, hecha para dar a la mujer su más bella plenitud al esposarla con Cristo, no es vivida en una atmósfera de profundo amor, corre el riesgo de hacer resurgir varios defectos humanos: mezquindad, amaneramiento, susceptibilidad, estrechez, sentimentalidad. Entonces los parásitos de la virginidad son casi inevitables: amargura, celos, secretismos, espíritu de mando y de violencia, aspereza masculina, dureza en la devoción y tal vez el sentimiento culposo de no saber amar. Triste consecuencia de no haber querido poner su amor en Cristo, que puede plenificar al varón y a la mujer mucho más que cualquier otro amor humano.

Ahora bien, los medios para mantenerse lozanamente en la entrega plena a Dios en cuerpo y espíritu, propios del estado de virginidad, son en parte naturales, pero el medio por excelencia y fundamental es reconocer que el estado de virginidad es un don de Dios y que, por lo tanto, hay que mantenerlo mediante una actividad sobrenatural, la única fuerza por la cual el hombre se puede decir fuerte delante de Dios, la oración. La religiosa ha de renovar continuamente su deseo delante de Dios de que El mantenga en todo su dinamismo, su belleza, su fuerza, ese amor de caridad, que fue el móvil oculto que la llevó a consagrar eternamente su cuerpo a Dios. Muy bien decía ese escritor del siglo III de esta era, Orígenes, que "la perfecta pureza en el celibato y en la castidad, ese don perfecto, Dios sólo entrega y lo mantiene en aquellos que se lo piden desde el fondo de su alma con intensa fe y por medio de incesantes preces". Si no se hace esa petición es difícil mantener esa entrega plena a Dios; porque la virginidad no es el fruto puro de una decisión humana, sino el de un don divino aceptado humildemente por el ser humano. Por eso mismo San Agustín, en ese magnífico tratado que escribió sobre la virginidad cristiana, insiste tanto en la humildad que ha de ser la característica principal del alma virgen para mantenerse en ese estado.

### Virginidad y matrimonio

La grandeza de la virginidad ayuda a percibir por la luz que ella proyecta el significado y las exigencias del matrimonio cristiano. De hecho, ambos están íntimamente relacionados entre sí. La virginidad descubre más profundamente hacia dónde apunta el ejercicio del amor humano en el matrimonio cristiano, que es vivido de otro modo por los que se han consagrado enteramente a Dios.

El parentesco que se puede establecer entre el estado de virginidad y el matrimonial se da en que ambos, si llegan a su madurez espiritual, se caracterizan por un amor de oblación. Es un amor que mueve a una persona a entregarse enteramente al verdadero bien del amado. La razón de ser del estado de virginidad es la intensificación del amor de Dios. Su punto de partida es este amor sobrenatural y su plenitud es este mismo amor que va empapando cada vez más plenamente aún los más insignificantes gestos del que se ha consagrado a Dios. El estado de virginidad es en su total integridad un fruto de este amor sobrenatural y es querido por Dios para mantener visible delante de todos la fuerza de ese amor sobrenatural que Dios quiere sembrar en todos los corazones. Ahora bien, el matrimonio a través de la experiencia del amor humano, busca como por pasos sucesivos lo que el estado virginal entrega a Dios en un solo momento y con toda la plenitud del corazón. Pero al mismo tiempo recuerda al amor virginal que no teorice y que se revista de todas esas expresiones de iniciativa, delicadeza, acogida, paciencia, ternura que implica todo amor conyugal generosamente vivido.

La virgen recibe del matrimonio este testimonio y lo lleva a un plano trascendente. Allí se compromete a vivir amando con todo el colorido psicológico y espiritual de una persona que ha sabido madurar en el sentido humano del amor, cuya escuela primordial es el matrimonio y la familia bien logrados.

Todo amor matrimonial bien conducido empieza por una atracción de orden más bien pulsional y sensorial, y termina en un amor de entrega mutua que exige a cada uno de los cónyuges salir cada vez más de sí mismos, adaptarse al bien espiritual del otro. Si es ésta la característica más profunda del amor humano, la virginidad bien encarada la integra en sí porque se deshumaniza si extirpa de sí esta característica de todo amor verdadero.

Aquella perfección del amor a la que llegan los casados después de cierto tiempo, y no todos, ha de ser la actitud inicial de la que se consagra en su cuerpo a Dios. Los esposos van llegando a esta perfección del amor no propiamente porque se hayan decidido voluntariamente

a hacerlo, sino porque las mismas circunstancias de la vida los van llevando, si realmente se aman, a salir cada vez más de sí mismos. Los años les enseñan a renunciar a una serie de cosas, pues el amor que sintieron cuando se conocieron como novios no les pudo revelar todas las peripecias futuras en las que se iba a acrisolar. Sólo los años les van mostrando que todo genuino y viviente amor se renueva y mantiene en un generoso mutuo sacrificio. Ahora bien, a eso se compromete de una manera plena y total para con Cristo la que se consagra totalmente a El. Quien lo hace conscientemente ha de saber de antemano a dónde lo lleva esa entrega total. Entra en el dinamismo de una "crucifixión", que trae consigo una resurrección: es una crucifixión de todo *exclusivismo* amoroso, que no por haberse consagrado a Dios deja de hacerse sentir, para aprender a amar de una manera universal como el Señor. Entra en la plenitud de amor a Cristo que redundará en bien de todos por la misma crucifixión de lo exclusivo del puro amor humano: para manifestar un amor transfigurado.

La virginidad se entrega en todo a Cristo; el amor matrimonial va descubriendo cada vez más la plenitud de esa entrega a Cristo a través del amor humano como por procesos sucesivos. El amor humano es como un rompecabezas que hay que construir y que no siempre se arma bien; en cambio, el amor, propio del estado virginal, si se conoce en toda su riqueza, es ya haber encontrado en el amor a Cristo cómo amar a todos los demás. Por eso mismo, espera que el amor matrimonial maduro le enseñe a hacer concreto, delicado y significativo este amor universal. El amor virginal exige, por lo tanto, de un lado, una firmeza implacable contra todo lo que se pueda presentar como peligro de desviación, y, del otro, una prudencia delicada, en cuanto que si no hay iluminación del entendimiento, conocimiento profundo de lo que significa este estado y uso prudente de medios, fácilmente puede desviarse y así vivir de espaldas a la realidad en la cual se encuentra. Su voto es un ejercicio pleno de amor de Dios para buscar el reino de Cristo, única razón de ser del estado de virginidad, como lo propone Cristo y lo entiende la Iglesia. Por todo eso, nunca puede prescindir del testimonio del matrimonio cristiano.

Todo esto, por otra parte, permite entender más profundamente la expresión de San Pablo; "el casado tiene su corazón dividido" y "el que se ha entregado a Dios busca solo cómo agradarlo". Es cierto que lo característico del matrimonio, aún lo que más pertenece al plano pasional, puede ser integrado dentro del amor a Dios. Por otra parte, es también verdad que no le es tan fácil al cristiano casado integrar todos sus actos de casado, aún los más íntimos, dentro de esa caridad. Pero el que no le sea fácil no significa que no le sea posible. En realidad toda

la vida del cristiano casado puede estar informada por la caridad, aún lo que pueda parecer más íntimo y pasional. Con todo, a pesar de que puede ejercitar la caridad en todos los planos de su actividad, al aceptar todas las condiciones y formas de la vida terrestre se encuentra, quiera o no quiera, dividido entre las cosas del Señor y las cosas de este mundo.

Es verdad que la vida matrimonial lleva en sí una tendencia a la distracción, y dispersión. En cambio, el que se ha consagrado de manera consciente a Dios se compromete a vivir plenamente decidido a que todo lo que hace, sea para una entrega plena al Señor. Se esfuerza por desconectar su espíritu de toda otra preocupación y quiere ponerse al servicio de Cristo en todas las cosas que le confía la Iglesia o le dicta la discreción. No se puede asegurar, por supuesto, que no pueda entrar un principio de división también en el estado virginal; pero si uno vive convencido que todo lo está haciendo por Cristo y cultiva seriamente esta convicción en la oración, ese principio de división en el plano psicológico se elimina mucho más fácilmente que en el estado matrimonial. Al que está en estado virginal por su forma de vida se le hace más fácil buscar lo que es de Cristo en su vida diaria. Sólo se puede afirmar que el estado virginal facilita generalmente más que el estado matrimonial el poder estar buscando con sinceridad en todo los intereses de Cristo y no los propios, que no por ser propios dejan de ser muchas veces legítimos, aunque no siempre son vividos en el Señor.

El estado de virginidad no libera necesariamente de todas las formas de división que puedan amenazar al hombre: facilita esa unidad en el servicio de Dios, pero no quita todo peligro de división. Este estado no trae consigo la desaparición de la tentación, de esa división interior que se da dentro del propio ser, que lleva a veces a desear o a buscar aquello que no es la voluntad de Dios. Por otra parte, tampoco pone plenamente al abrigo de las asechanzas del demonio, que como "león rugiente" busca el mal del hombre (IPed.5,8). Pero, a pesar de todo, el estado de virginidad, como estado de vida nacido de una decisión consciente de mantener su cuerpo plenamente entregado a Cristo, implica una opción, mantenida decididamente, de evitar las fuentes de división en uno mismo, de no dejarse preocupar por las realidades de la vida presente que pasa. Su esencia en buscar el reino de los cielos, haciéndolo presente mediante una forma simbólica en esta tierra. Por eso el estado de virginidad es el signo casi sacramental de que el cristiano no es de este mundo. El reino de los cielos se manifiesta en la tierra mediante aquéllos y aquéllas que son sinceramente fieles al compromiso que han tomado delante de Dios consagrándose exclusivamente a El en su cuerpo y en su espíritu.

### Obstáculos y valores de la vida virginal

El estado virginal, sobre todo el de la mujer virgen -algo menos el del varón-, siempre ha encontrado gran resistencia para ser aceptado. Muchas son las objeciones que le hacen. En primer lugar, no puede ser una vocación universal, porque si todos fuesen llamados a la virginidad, entonces sería como el suicidio cósmico, no se prolongaría la vida en la tierra. Pero, dejando de lado este aspecto, los adversarios objetan que ese estado disminuye la experiencia de la vida, de las relaciones humanas, pues aparta al hombre de una relación íntima con otro ser complementario. Es además parcialmente imperfecto, puesto que el ser no devuelve la vida que ha recibido y en cierta manera parecería ser una actitud injusta que toma un varón o una mujer en la vida, porque si recibieron la vida de otro ser, sería lógico que a su vez diesen su contribución, prolongando esa vida mediante su acción personal de amor engendrador. Disminuye además la experiencia al sustraer las vivencias de paternidad y maternidad porque impide a un ser humano el ser padre o madre en la realidad física del término. En síntesis, parecería que trajese consigo un debilitamiento de la realidad humana, como si el ser que no contrajese matrimonio no llegase a su plenitud humana como el que se casa. Estas críticas quizás serían valederas si no existiera otra vida más que la del cuerpo. Si la vida consistiese solamente en esta realidad terrestre, entonces esa objeción tendría valor; sería difícil refutarla. Pero esta vida es un paso, un tránsito a la vida plena, vida que ya está simbolizada por el sentido profundo de las cosas y sucesos que se dan en este mundo<sup>10</sup>. Las dificultades, así, pierden fuerza y dejan de tener consistencia. Además, la generación no se limita a lo carnal; existe también la del espíritu que es superior a la que sólo parte de la carne. Hay una acción espiritual que se puede comparar a una verdadera fecundación, superior a la meramente biológica. En el mismo seno de la vida trinitaria se encuentra su ejemplar pleno. La segunda persona es

<sup>10</sup> Es cierto que para responder a estas objeciones hay que estudiar seriamente para no vivir desfasado de las exigencias de una sana cultura renovada: "La vida consagrada necesita también en su interior un renovado amor por el empeño cultural, una dedicación al estudio como medio para la formación integral y como camino ascético, extraordinariamente actual, ante la diversidad de las culturas. Una disminución de la preocupación por el estudio puede tener graves consecuencias también en el apostolado, generando un sentido de marginación y de inferioridad, o favoreciendo la superficialidad y ligereza en las iniciativas". (Juan Pablo II, *Sobre la vida consagrada*, n.181).

llamada Hijo, pero también es llamado Verbo que significa concepto, es decir, el Hijo es engendrado por el Padre de una manera eminentemente superior a la de un hijo carnal concebido en su madre por la acción del padre. Entre Padre e Hijo hay un caso de generación espiritual, de actividad trascendental, que ciertamente supera a todo lo que puede ser la relación entre los cuerpos y que se mantiene eternamente como Paternidad-Filiación.

Aquí ya aparecen los dos aspectos valorativos del estado de virginidad. El aspecto absoluto: es un estado trascendente porque transfiere al hombre, en la fe, al mismo estado que todos tendrán en el cielo. El relativo: facilita al hombre el cumplimiento de su misión más profunda, que es siempre una misión espiritual; la que se manifiesta en tales actividades como la educación, el servicio desinteresado, el rescate de otros hombres, liberándolos de sus miserias físicas y espirituales... A lo que se puede agregar la valoración que da este estado a todo lo que es silencio, contemplación, estudio, oración y paz.

Por todo esto no es una conclusión absurda afirmar que la humanidad, para que sea plena, requiere que algunos de sus miembros se consagren al estado virginal. Estos facilitan a los hombres el mejor desempeño de sus actividades espirituales, que son las más importantes y profundas. Es decir, para que la humanidad histórica cumpla plenamente con su característica más fundamental, que es la actividad de un espíritu pensante y amante, parecería conveniente que parte de sus miembros se sientan libremente llamados a la vida virginal<sup>11</sup>. Esto explica que, de una u otra manera, siempre se encuentre el estado de virginidad, aunque en una forma parcial y reducida, en las diversas culturas humanas. Tal estado no es patrimonio exclusivo de la Iglesia. Esta llevó a su perfección una realidad ya conocida, aunque imperfectamente, por las culturas antiguas. Hay en el género humano como un impulso inconsciente que lo lleva a querer que algunos de sus miembros consagren su cuerpo plenamente a una realidad celibataria para mantener significativa la actividad del espíritu y su misteriosa y trascendente fecundidad.

<sup>11</sup> Algo de esto ya había insinuado Santo Tomás de Aquino: "...el precepto de la generación se refiere a la colectividad, que debe multiplicarse corporalmente y perfeccionarse también espiritualmente. Es, por tanto, suficiente que algunos cumplan esa misión de tener hijos corporalmente y que otros, absteniéndose de esos actos, se dediquen a la contemplación de las verdades divinas para mayor belleza y prosperidad de la humanidad..." (S.T., II-II, q. 152, a. 2, ad lum).

Esta virginidad de tal manera es presentada que aparece profundamente relacionada con una generosa actitud de entrega a la divinidad o al bien de los demás. Incluye un amor que encuentra su propio bien buscando el verdadero bien de la persona amada. Está, por lo tanto, en el dinamismo del ser espiritual que es el hombre, el deseo implícito de que se dé ese estado de virginidad en algunos de sus miembros, para lograr una mayor plenitud, como humanidad.

La virginidad simboliza, además, para el cristiano la realidad de que el reino de los cielos ya está presente en la tierra. La virgen se despoja de lo más íntimo de su corporeidad, que no son sus posesiones y riquezas, sino su perduración en la especie, para mantener siempre anhelante y viviente en la historia el deseo típico de todo cristiano que cree en Cristo y lo ama y que se sintetiza en esa exclamación "Ven Jesús, hazte presente". Los que están en ese estado expresan el anhelo que anima a toda la Iglesia, cuerpo de Cristo, que desea unirse con su Cabeza y no puede contentarse con una visión a lo lejos en el claroscuro de la fe, sino que quiere llegar a esa unión definitiva de ver en el amor de Dios todas las cosas (I Cor. 15,28).

Por eso, como el matrimonio es la unión más íntima que se puede dar entre dos personas humanas en esta tierra, así el estado de virginidad, por la misma renuncia a esa comunión íntima, es el signo, mucho más profundo, de esa peculiar comunión, la más perfecta y total de todas, a la que Dios está invitando a todo cristiano. Tal es el significado profundo que late en esta afirmación de Cristo: "Entonces Pedro dijo: «Nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido». Y El contestó: «Les aseguro que el que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el reino de Dios, recibirá mucho más en este mundo y en el mundo futuro, recibirá la vida eterna»" (Lc. 18,28-30).

Hay una promesa especial y una especie de culminación en el amor de Cristo, no solamente en la vida futura, sino también en la vida presente para aquellos que han sabido dejarlo todo, casa, hogar, mujer, en esta vida. ¿En qué consiste este premio? No por supuesto en realidades materiales, sino en esa plenificación interior que se va experimentando cada vez más profundamente en la medida que uno se empeña seriamente en ser fiel a esa invitación del Señor.